



R. Raffel, Grabador.

RUTH.



## RUTH.

Iguala en precio á las cosas raras y de  
lejanas tierras.

PROVERBIOS. XXXI.

CADA cosa tiene su naturaleza y sus leyes, cada virtud su belleza y su recompensa. La familia es la fuente del bienestar de las naciones y los ciudadanos; y Dios ha hecho sagrado y querido para nosotros el hogar doméstico y ha derramado en nuestros corazones é infundido en nuestra sangre la piedad filial y el amor fraterno, porque no se podría sostener la familia sin el desinteresado y recíproco amor de sus miembros. La dulce imagen de un padre, las caricias y besos de una madre, los largos días de la niñez pasados bajo la vigilancia amiga de un hermano ó de una hermana, son recuerdos todos que siguen al hombre hasta el sepulcro, que alimentan su ingenio, dominan sus pasiones, le regocijan en los días de bienandanza, y son en la adversidad el primero y el último de sus consuelos. ¡Sentimientos tranquilos, virtudes sin brillo deslumbrador que se encuentran con un carácter mas poético en la infancia de los pueblos; pero que deben encontrarse tambien en los pueblos adultos, so pena de dejar á la vida humana sin encanto, á la familia sin vínculo de unidad, y á la nación sin fuerza positiva!

Las doctrinas que acabamos de esponer nos parecen revestidas de un inefable atractivo en la sencilla y antigua historia de la moabita Ruth, tanto mas digna de presentarse á los ojos de nuestros contemporáneos, cuanto que el desamor hácia la familia y el fastidio de los gooces domés-

ticos son la enfermedad del siglo. En todas las cosas humanas hay un principio de utilidad al par de un elemento de ruina: ganarán los países en civilización y en recursos con la difusión y mezcla de sus hijos en diversos puntos; pero es necesario cuidar á la vez de que no pierdan su nervio y su fuerza íntima, por el enflaquecimiento gradual y la ruina de las relaciones de parentesco y las virtudes interiores. He aquí la razón que hay para tratar de corregir en parte los gustos cosmopolitas é instintos egoístas de nuestra época, pintándole á la familia y presentándole el espectáculo de un amor tierno y desinteresado, hijo de las afecciones domésticas. Todo esto hay precisamente en la sentida y deliciosa historia de Ruth, de ese modelo generoso y tierno de piedad filial, á quien Dios coronó de gloria y de felicidad.

Era el tiempo en que á los Israelitas los gobernaban jueces, y cerca de ciento veinte años se habían pasado desde la administración gloriosa de Josué, cuando asoló una hambre terrible el territorio de Bethlechem. Es de creerse que el azote fué general, pues que hirió hasta aquella ciudad, cuyo nombre fué debido á la fecundidad de su suelo. Bethlechem en hebreo quiere decir *casa del pan*. Dios, que se complace en poner en las cosas de la materia ciertos presagios de las cosas mas espirituales, habia permitido sin duda que fuese llamada así, porque en ella debía nacer un día, segun la carne, Aquel cuya doctrina es el verdadero alimento del hombre, el *pan* de las inteligencias. Sea lo que fuere de estas relaciones misteriosas, Elimelech, habitante de Bethlechem, tuvo de emigrar á la tierra de Moab, en union de su muger Noemí y de sus dos hijos. Murió poco despues: sus hijos se casaron con dos moabitas, cuyos nombres eran Ruth y Orpha; pero pronto fueron á unirse en la tumba con Elimelech. ¿Serian arrebatados por el pesar del destierro? ¿ó fué su muerte prematura, como piensan algunos, la justa pena de sus alianzas prohibidas? Sabido es que Moises habia excluido expresamente á los moabitas de la sociedad de Israel, y que tanto el espíritu como la letra de las leyes reprobaban esos casamientos peligrosos, en los cuales era mas frecuente la perversión del fiel que no la conversión del idólatra.

Privada de su marido y sus dos hijos, resolvió la triste Noemí volver á su patria en union de Ruth y Orpha, porque habia llegado á su noticia que apiadado el Señor de su pueblo no seguian ya los estragos del hambre. Salió pues de la tierra estrangera y se puso en camino con sus dos nuéras. Habian caminado ya un rato cuando les dijo Noemí: "Idos á la casa de vuestra madre; y que el Señor os trate con la misma bondad que habeis tratado vosotras á los muertos y á mí. ¡El os permita encontrar descanso en la mansion de los esposos que escogais de nuevo!" Entonces abrazó tiernamente á Ruth y á Orpha, quienes se pusieron á llorar y

respondieron: "Iremos contigo hácia tu pueblo;" sin embargo insistió Noemí, manifestándoles que le era imposible aliviar sus penas y que aquella aflicción no hacia mas que aumentar la suya propia; sus palabras llevaban impreso el sello de un vivo sentimiento de sus desdichas no menos que de una religiosa resignación. Orpha dió un beso de despedida á su suegra, y volvió á tomar el camino de Moab; pero Ruth, dulce, afectuosa, no quiso abandonar á Noemí.

Creyé ésta deber todavía hacer á la jóven algunas reflexiones. "Mira, la dijo, tu hermana se vuelve á su pueblo y á sus dioses; parte con ella." Ruth le respondió: "No insistas en que te deje y me retire, porque á donde quiera que vaya, iré yó; en donde quiera que vivas, viviré yó tambien. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. La tierra en que muéras, me verá morir á mí tambien, y en ella quiero tener mi sepultura. Quiero que Dios me trate con todo su rigor, si no es solamente la muerte la que me pueda separar de ti."

Así es como Ruth hacia objeto esclusivo de su sacrificio á aquella muger cuyo hijo le habia sido tan querido, porque en las almas nobles y delicadas no es capaz el infortunio de romper los vínculos formados por la naturaleza ó por el afecto espontáneo; muy al contrario, estrecha la desgracia esos vínculos y les infunde cierta santidad. Aparece entonces la piedad instintiva revestida del carácter de la ternura, y se toma ese sentimiento esquisito y profundo, que hace arrostrarlo y sufrirlo todo por los que son objeto de nuestro amor; hay mas aún, parece que los desgraciados se engrandecen con su misma debilidad y adquieren un nuevo título á nuestra compasión por los sacrificios que nos han costado. Y es necesario tributar gracias á Dios que ha dictado, sin duda, esta ley, porque la desgracia persigue obstinadamente á los que ha herido una vez, y él no quiere que el amor de los unos sea menor que el padecimiento de los otros.

Al ver una resolución tan firme, no quiso Noemí probar por mas tiempo á su fiel Ruth; y se encaminaron juntamente hácia Bethlechem. Cuatro dias por lo menos tuvieron que andar por aquel ancho valle donde reposa el lago Asfaltites, entre dos cordilleras de montañas que se estienden del Setentrion al Mediodia y ocultan su cima en un cielo profundo y sin nubes; porque Ruth habitaba la parte del país de Moab comprendida en la Arabia Petrea. Cuando hubieron llegado las viageras á Bethlechem, se espació la noticia por todas partes, y las mugeres decian: "¡Ahí está Noemí!", espresion que marcaba, ó bien el gozo que se experimenta al ver á una persona conocida despues de una ausencia dilatada, ó mas bien la satisfacción perversa con que son á veces acogidas las tentativas frustradas. Las almas pequeñas y viles jamas conceden la razón al desgraciado. Noemí respondia: "No me llameis Noemí (es decir, hermosa), llamadme Mara (es

decir, llena de amargura), porque el Todopoderoso me ha colmado de pesares. Sali de gala y el Señor me vuelve á traer de luto. ¿Por qué me dais el nombre de Noemí, cuando Dios me ha sumido en el abatimiento y la aflicción?" En aquellos siglos en que la inteligencia era grande, porque era viva la fé, se mezclaba el nombre de Dios con todos los discursos, del propio modo que su mano está mezclada con todos los acontecimientos.

En tiempo de la cosecha fué cuando Ruth y Noemí volvieron á Betlehem. La jóven viuda dijo á su suegra: "Si así lo tuviérais á bien, iré al campo á recoger las espigas olvidadas por los segadores, por donde quiera que encuentre un padre de familia que me lo permita." Noemí consintió en ello. Sabido es que por las leyes de Moisés, el derecho de recoger las espigas olvidadas era propiedad esclusiva de los pobres, tanto indígenas como extranjeros; aun tenia obligacion el amo de dejarles adrede algunas espigas, y no le era lícito volver á recoger la gavilla que se quedase por distraccion en su campo. Salió, pues, Ruth; y siguió á los segadores recogiendo lo que caia de manos de estos. Una feliz casualidad, ó mas bien dicho, la Providencia de Dios, que siempre elige los medios mas convenientes de llevar á las criaturas á los fines que se propone su alta sabiduría, hizo que Ruth fuese á recoger espigas en el campo de un hombre muy rico llamado Booz, y pariente de Elimelech.

Booz, á su vuelta de Betlehem, se dirigió á su campo, y despues de saludar á sus segadores en nombre de Dios, tal cual se acostumbraba en aquellos tiempos de pureza primitiva, les preguntó quién era aquella jóven que recogia espigas en el campo. Ellos le contestaron: "Es la moabita que vino con Noemí. Pidió esta mañana permiso de recoger espigas, y ha permanecido sin ir á su casa hasta la hora que ves." Se ve por estas palabras que, sin embargo del derecho que tenia Ruth de recoger espigas, no se atrevió á hacerlo sin pedir permiso, tanto por su carácter dulce y modesto, como por la timidez propia de un extranjero en tierra ajena.

Booz, que ya tenia noticia de la piedad filial y virtudes de Ruth, la dijo: "Escucha, hija mia; no vayas á recoger espigas en otro campo; quedate con mis criadas y sigue á los segadores, que no te molestarán, porque así se lo he mandado; y si tuvieses sed, ve á donde están las vasijas y bebe del agua reservada para mis sirvientes." Esta oferta, ligera en apariencia, era una señal de particular bondad en un país donde escasean las aguas y son estremados los calores. Prosternóse Ruth y dió las gracias á Booz, admirada de su benevolencia, pues que ignoraba el estrecho vinculo de parentesco que la unia con él, é ignoraba sobre todo que aquel encuentro debia procurarle algun día mayor gloria y mayor ventura que las que habia perdido.

Dijo tambien á Ruth Booz que se reuniese á los segadores á la hora de

comer y tomase con ellos alimento; y así lo hizo ella en efecto, comiendo una parte de lo que le dieron y guardando la otra para su suegra.

Levantóse en seguida y fuese á seguir recogiendo sus espigas. Y Booz dijo á sus criados: "Aun cuando quiera espigar en la mies, no se lo estorbeis; dejad caer tambien adrede algunas espigas para que las recoja sin avergonzarse, y cuidado con entristecerla ni causarle dolor."

Ruth continuó su tarea hasta el oscurecer, limpió las espigas y se encontró con cerca de tres cuartillos de grano. Tornóse á la ciudad, y presentó á Noemí tanto el fruto de su trabajo, como el alimento que le habia reservado.—"¿Bendito sea, exclamó la suegra, quien se ha compadecido de tí! ¿En qué campo has espigado hoy?" Contóle Ruth cuanto le habia pasado con Booz. "¿Bendito sea de Dios! dijo Noemí, porque la benevolencia que tuvo con los vivos la conserva hasta con los muertos. Este hombre es nuestro pariente."

Seguio infatigable Ruth en su tarea todo el tiempo de la cosecha, porque la obediencia y la firmeza de ánimo eran sus dos principales virtudes. Acabada la cosecha, esplicó Noemí á su nuera el precepto de la ley de Moisés, que daba por esposo á la viuda el pariente mas cercano de su difunto marido. El objeto de esta disposicion, era impedir la confusion y estension de las familias y herencias, así como tambien la mezcla del pueblo israelita con otros pueblos. Esta legislación y esta politica eran exclusivas; pero no podian ser de otra manera, porque aun no habia llegado el tiempo de preparar, por medio de la mútua concordia y fusion de las naciones, la marcha rápida y el triunfo universal de la verdad entre los hombres. En vista del precepto ya dicho, Noemí ordenó á Ruth se adornase con sus mejores galas y se fuese á la era de Booz, á hacer valer su derecho. La dócil Ruth obedeció el precepto; encaminóse á la era; encontró á Booz descansando con la cabeza apoyada sobre las gavillas, y sentándose á sus pies aguardó sumisa y silenciosa á que despertase. Despertó Booz, y viendo á sus pies á la moabita, le dijo: "Bendita seas de Dios, hija mia: tu virtud de hoy es superior á tus demas virtudes. Has dejado á los jóvenes, pobres y ricos, y has venido á pedir por esposo á un anciano, segun la ley de la tierra. Nada temas; haré cuanto me digas, porque en el pueblo te conocen todos por muger de virtud. Soy tu pariente; pero hay otro mas cercano. Si éste no te quisiere por esposa, te juro por el Señor que me casaré contigo."

¡Sublime sencillez la de las pasadas edades, que para ser expresada pone en tortura el artificial pudor de las lenguas modernas! Cuando hay alguien que se atreva á mostrarnos desde lejos alguna imagen de aquella ingenuidad perdida, se difunde por nuestra alma un dulce sentimiento de sorpresa y de placer, como el que nos conmueve al encontrar un tesoro perdido, ó al volver á abrazar á un amigo, despues de una larga ausencia.

Booz cumplió su palabra. Habló con el pariente mas cercano, el cual renunció á su derecho; y entonces convocó á los ancianos y al pueblo, y delante de ellos declaró que aceptaba la sucesion de Elimelech y tomaba por muger á la viuda de Nahalon. No hubo uno solo que no aplaudiese esta resolucion generosa, y le pronosticase toda clase de felicidades, porque Ruth, como habia dicho Booz, era conocida de todos como muger de virtud.

Y el señor dió un hijo á Ruth. Y este hijo recibió por nombre Obed; y Obed fué padre de Isai, padre de David, antecesor segun la carne del Hombre Dios que vino á morir por todos en la cima escarpada del Gólgatha. Asi es como Ruth la estrangera, Ruth la viuda desvalida, llegó á alcanzar la mas espléndida recompensa de sus virtudes. El Señor la bendijo; y al permitir en sus altos decretos que se contase Ruth en la genealogia de Jesucristo, nos dió una clara muestra de que las virtudes de la hija de Moab *la igualaban en precio con las cosas raras y lejanas.*





Lito de Salazar.

LA HIJA DE JEPHTÉ.

R. Rafael, Editor.



LA HIJA DE JEPHTÉ.

Fué dulce hacia la muerte.  
Bossuet, oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra.

VECES hay en que la lluvia del día anterior hace brotar las suaves y delicadas flores de la primavera; mas herido su cáliz por el cierzo de la mañana, se inclina sobre el tallo y parece estar próximo á perecer. Mas tarde, los rayos del sol de medio día vienen á corregir la inclemencia del cielo, y llenan los campos de calor y de luz. Entonces las flores levantan su mustia cabeza y parecen aprestarse á vivir siquiera el corto espacio que les ha sido concedido; pero ¡ay! ruge en la tarde el huracán, que las deshoja y esparce sus tristes fragmentos por el suelo..... ¡Fragil y melancólico destino el de esas pobres flores, que brillan y se desvanecen, cual brilla y se desvanece una sonrisa en un semblante cubierto de lágrimas!

El destino de esas flores fué el destino en la tierra de la hija de Jephthé. No hay duda en que su infancia fué triste y llena de angustia, porque nació de un padre á quien la adversidad habia forzado á convertirse en jefe de una reunion de aventureros. Y despues, cuando Jephthé salvando á su país rescató con una gloria verdadera lo que acaso habia de vergonzoso en sus primeras hazañas, debió creer su hija por un momento que iba á reposar dulcemente en medio del renombre paterno; pero succumbió en el instante mismo del triunfo de un modo inesperado, y quedó como sepultada en el seno de aquella trágica felicidad.

Frecuentes eran las alternativas de prosperidad y desgracia que tenían que sufrir los israelitas, porque los actos de virtud y los crímenes se sucedían sin cesar en su vida social, y los pueblos, del propio modo que los individuos, tienen una responsabilidad, y Dios les hace cargar el peso de sus obras. Cuando observaba fielmente su ley la nación judía, rodaba su existencia quieta, venturosa y respetada de sus enemigos; pero cuando levantaba altares á los ídolos, venían luego las calamidades públicas á llamarla al deber y recordarle por medio de severas lecciones los preceptos olvidados. La abundancia ó la escasez, la paz ó la guerra, la libertad ó el cautiverio, eran consecuencias inevitables para aquella nación de su entrada en la senda del bien ó del mal. Así es que por el año 2820 de la creación del mundo se vieron los hebreos oprimidos por los amonitas, raza indomable que habitaba el oriente del Jordan entre la Arabia y la Celesiria. Pero así como habían caído en el oprobio por la desobediencia, se levantaron en gloria por medio del arrepentimiento. Invocaron la clemencia del Señor para sus faltas pasadas, lanzaron del suelo de la patria los ídolos de los falsos dioses, y volvieron al culto del Dios verdadero. Dejose el Señor aplacar con la miseria de su pueblo, y le envió un libertador en la persona de Jephthé.

Era Jephthé hombre de valor, y le llamaban sus compatriotas hábil en la guerra. Puede suceder que su valor le hubiese dado fama, y que ese valor lo debiese á la desgracia, porque si las almas débiles se abaten en medio de la adversidad, los corazones firmes por el contrario, nutren con ella y desarrollan el gérmen de los mas nobles sentimientos. Los libros sagrados nos enseñan que habia algun vicio en el nacimiento de Jephthé, del cual resultó que sus hermanos le lanzaron de la casa paterna, negándole el derecho de participar de la herencia y del hogar doméstico. A consecuencia de este lanzamiento huyó Jephthé hácia la parte setentrional del país de Galaad, en la tribu misma á que pertenecía. Buscó en la guerra los medios de subsistir; otros hombres pobres y vagabundos como él quisieron participar de sus destinos, y le nombraron jefe por su valor. A la cabeza de aquella gente colecticia, hizo frecuentes escursiones á los terrenos que habitaban los enemigos de Israel.

No se puede decir con exactitud cuáles fueron los padecimientos de la hija durante esta vida trabajosa del padre. La existencia entera de la hija de Jephthé aparece á nuestros ojos cubierta de un velo impenetrable: solamente el fúnebre acontecimiento que la revela y la termina, nos es conocido, y hasta el nombre de la joven doncella ha quedado sumergido en la noche del misterio. Del mismo modo hay en lo profundo del cielo estrellas para las cuales no tiene nombre la ciencia y que mantienen el equilibrio general de los mundos, aun cuando parezca que solamente ha-

cen resbalar por la tierra los destellos moribundos de su lejano esplendor. Por lo demas, al referir un hecho de heroico desprendimiento y dejar en silencio el nombre propio de la victima, ¿no es de creerse que haya querido la Biblia dar una doble leccion á los hombres, que tan flojos son para hacer el bien y tan ardientes para imprimir en sus obras el sello de su personalidad?

Ya dijimos antes que los amonitas inquietaban á Israel, y precisamente recaian las hostilidades sobre el país de Galaad, que era el que quedaba en la frontera. Adelantáronse como en triunfo, y celebrando anticipadamente la victoria con gritos y otras muestras de la satisfaccion del guerrero que nada teme y todo lo espera de su fortuna y su valor. Israel acampó cerca de la ciudad de Maspha; pero ninguno de los dos ejércitos se atrevió á empuñar la batalla. Conviniere los príncipes de Galaad en confiar el mando del pueblo al que primero se atreviese á atacar al enemigo; pero no hubo uno solo que se arriesgase á hacerlo ó á cargar con la responsabilidad del mando.

Entonces se acordaron de Jephthé y fueron á implorar su socorro. Jephthé les echó en cara el trato que de ellos habia recibido; pero se dejó por fin ablandar, sin duda por la consideracion del peligro de la patria, y aceptó el mando so condicion de que en el caso de que saliese triunfante, le reconocieran por príncipe y señor. Así juraron hacerlo; y el nuevo general dió principio á su mision de una manera que da la mejor prueba de que su moderacion y su prudencia eran iguales á su valor. Abrió una negociacion con los amonitas, y antes de romper las hostilidades trató de convencerles con las armas de la razon de que ningun derecho tenían á usurpar la propiedad de Israel.

Ninguna mella hicieron en el ánimo del rey de los amonitas las prudentes observaciones de Jephthé, y ya no quedó mas recurso que dar la batalla. Entónces fué cuando hizo Jephthé al Señor este célebre voto: "Si entregais á los amonitas en mis manos, os juro ofreceros en holocausto á la primera persona que atravesando el umbral de mi puerta se presente á mis ojos cuando vuelva vencedor."

Efectivamente, cayeron en sus manos los amonitas, y despues de la mas completa derrota, volvió Jephthé á Maspha cubierto de gloria. Su hija única, la sola compañera de su hogar, salió á su encuentro al son de los instrumentos y de los coros gozosos que entonaban sus compañeras. Pero muchas veces viene á oscurecer el sol de nuestros dias mas hermosos una nube negra y funeraria. En medio de la alegría del triunfo que le concedian, columbra Jephthé repentinamente á su hija, y recordando su promesa, desgarrá sus vestiduras y esclama: "¡oh dolor! hija mia, me has perdido y te has perdido tú, porque he hecho un voto al Señor, y tengo de

cumplirlo!" La dulce y noble doncella contestó: "Padre mio, si habeis hecho un voto al Señor, tratadme segun vuestra palabra, pues que el Señor os ha concedido vencer y castigar á vuestros enemigos. Una sola gracia os pido, y es que me permitais retirarme por dos meses á las montañas á llorar mi virginidad en union de mis amigas."

Jephté accedió á esta súplica de su inocente hija; y cumplido el plazo fatal, la jóven se presentó á su padre, y se cumplió el terrible voto.

Durante el retiro de su hijo, Jephthé tuvo que reprimir una sedicion escitada contra él por la tribu de Ephraim, separada por el Jordan de la tribu de Galaad. Orgullosos con su fuerza, y envidiosos del vencedor de los amonitas, los habitantes de Ephraim, bajo el pretexto de que no se les habia llamado contra el enemigo comun, empezaron á propalar amenazas de guerra. Parece que esta queja no tenia fundamento alguno, puesto que Jephthé dijo: "Mi pueblo y yo teniamos una gran contienda contra los hijos de Ammon; yo os rogué que viniéseis á mi socorro y no quisisteis; entónces yo espuse mi vida, y marché contra los hijos de Ammon; y el Señor los entregó en mis manos. ¿Por qué, pues me declarais la guerra?"

Pero estas razones no bastaron para restablecer la paz, y Jephthé se vio obligado á apoyarlas con las armas. Reunió prontamente á sus compatriotas ya dispersos, y atacó á los efraimitas, que ya habian atravesado el Jordan, los cuales, derrotados y arrojados hácia el rio, no pudieron repararle, habiendo el vencedor tomado las orillas. A todo fugitivo que queria pasar, los soldados de Jephthé le preguntaban: "¿Eres de Ephraim?" porque los partidos no podian distinguirse por el traje. El fugitivo, por salvar su vida, respondia: "No."—"Pues di *schibboleth*," replicaban los de Galaad, con ese modo peculiar de pronunciacion que tan dificilmente se pierde, y que tan mal se imita en una edad en que los órganos han perdido su flexibilidad primera; pero los efraimitas, con el acento de su tribudecian: *sibboleth*; y al punto eran degollados. Un gran número pereció de este modo, y la fuga no fué menos desastrosa que la batalla. De este modo el orgullo y la injusticia recibieron su castigo, y coronando la victoria el buen derecho, Jephthé aseguró la paz y la dicha de su pais.

Se ignora en qué consistia precisamente el holocausto prometido por Jephthé. Muchos creen, atendiendo á la energia de las espresiones, que se propuso hacer á Dios un sacrificio verdadero y sangriento; otros piensan que su ánimo fué consagrar á Dios, de una manera especial, la primera persona de su casa que le saliera al encuentro. Nosotros solo diremos dos cosas: primera, que los sacrificios humanos estaban formalmente prohibidos en la ley de Moisés, y reputados abominables; segunda, que solo Dios, árbitro supremo de nuestros destinos, tiene derecho para exigir el sacrificio de la vida, á la hora y de la manera que sea de su

agrado. Así es que Jephthé no podia, al parecer, pronunciar un voto bárbaro y homicida, ni esperar que Dios le concediese por él la victoria.

De todos modos, el dolor del padre y de la hija se esplican y se comprenden fácilmente. Si el voto tenia por objeto un sacrificio sangriento, es natural la afliccion de los dos; y si solo se trataba de consagrarla al Señor por la profesion de una perpetua continencia, su misma fé religiosa debia hacerle esta obligacion penosa y amarga, porque, y esto era cierto en ambos casos, iba á morir sin posteridad. Los judios sabian que de una muger naceria el Salvador prometido, y por eso entre ellos el celibato lejos de ser honorífico, pasaba por un oprobio, y la esterilidad parecia una maldiccion. Estaba reservado al Evangelio el crear en el mundo otro es, piritu, y elevar la virginidad á la gloria de un triunfo y de una virtud-elevando tambien el matrimonio á la dignidad de un sacramento.

La Judea glorificó con una solemnidad pública el sacrificio de la hija de Jephthé. Todos los años, las vírgenes de Israel se juntaban para llorar, durante cuarenta dias, la pérdida de aquella noble víctima del patriotismo y de la obediencia filial. Se ignora cuánto tiempo duró esta ceremonia en el pais de Galaad, al otro lado del Jordan; pero de este lado del rio, la memoria de la virgen creció, y se desnaturalizó con el tiempo: en el siglo cuarto de nuestra era, las ciudades paganas de Sebaste y Naplusa (las antiguas Samaria y Sichem) la tributaban honores idolátricos.

Existen analogias, y aun semejanzas, entre el hecho que acabamos de referir, y lo que la fábula cuenta de Ifigenia. En ambos casos, las épocas, los nombres y las principales circunstancias, son las mismas: Agamenon, padre de Ifigenia, era contemporáneo de Jephthé: el nombre griego de *Iphigenia* podria muy bien significar hija de Jephthé ó Jephthé. Hija del príncipe que mandaba los ejércitos griegos, que partian para el sitio de Troya, Ifigenia debió ser inmolada para hacer propicios los vientos que retenian en Aulide las tropas dispuestas á embarcarse, así como la hija de Jephthé fué sacrificada para pagar la gloria de su padre. Ifigenia fué ofrecida, pero no inmolada: sin embargo ella fué perdida para Agamenon victorioso, habiendo llegado á ser sacerdotisa de un templo pagano en la Táuride. Por estas circunstancias han creído algunos que la aventura de la princesa griega no es otra cosa que el hecho desfigurado de la Historia Sagrada. Acaso toda la poesia y todos los sueños de la antigua Grecia no son otra cosa que el eco de una palabra lejana, que debilitada por la distancia, y trasmítida ya al oído de los pueblos en sonidos entrecortados y mal comprendidos, fué cambiada por algunos hombres de ingenio en las mentiras armoniosas de la mitología.



En grabado

ESTHER.

R. Rafael. Esc.



## ESTHER.

Natura y cielo juntos

A porfía la adoraron.

(RACINE, Esther, acto III, escena 9.ª)

CONOCIDAS son las guerras de esterminio que se hacian en general los pueblos antiguos, y con especialidad las razas poderosas del viejo Oriente. La espada ó las cadenas, tal era la suerte de los vencidos en el campo de batalla; el incendio y el saqueo lo eran de las ciudades asaltadas; y el cuerpo entero de la nacion desventurada, arrancado del suelo natal, iba á vegetar bajo otro cielo, donde se le concedia una medida de aire, de movimiento y de vida, á la manera del árbol que, perdida la copa es trasplantado á una tierra estrangera, y al cual parecen querer sofocar las plantas indigenas con su sombra celosa. La victoria de aquellos pueblos era una victoria despiadada.

De todos es tambien conocido que los judios sufrieron una prueba de esta naturaleza bajo el rey de Babilonia Nabucodonosor II, prueba cruel que duró setenta años. Este grande infortunio fué el que inspiró al profeta Jeremias y arrancó de su pecho esos elocuentes sollozos que jamas han podido igualar las lamentaciones de ningun otro proserito; y ese mismo infortunio fué el que lloró de antemano otro profeta en este melancólico cantar:

Del Eufrates remoto en la orilla  
De Judá me acordé con tristura,



Y al mirar su marchita hermosura,  
La corriente con llanto aumenté.

De memorias funestas y amargas  
Solo vive el dolor que alimento:  
En un sauce, ludibrio del viento,  
Para siempre mi lira colgué (1).

Ciro, uno de los sucesores de Nabucodonosor, espidió un edicto célebre en la historia sagrada, autorizando á los judíos para volver á su patria y reedificar el templo de Jerusalem. Desde entónces terminó legalmente el cautiverio; pero de hecho las antipatías de algunos administradores subalternos y la rivalidad de los samaritanos, que á pesar de estar unidos por la sangre con los judíos, se hallaban muy apartados por intereses de política y religion, fueron la causa de que muchas familias prefiriesen continuar en la tierra estraña al lado de las cenizas de sus padres, que no huir hacia una patria donde su Dios aun carecia de altar.

De una de estas familias que esquivaron la vuelta á una patria que todavía no podian llamar completamente suya, nació Edissa ó Esther, una de las mugeres que mas útiles fueron al pueblo de Dios en sus tribulaciones. Los nombres que recibió, acaso por una disposición especial de la Providencia, significan en lengua hebrea la dulzura del mirto y la belleza de la luna. Perdió Esther á sus padres en la primavera de la vida, y el dolor de esta pérdida prematura, unido á la amargura del cautiverio, acaso habrian quebrantado el valor de la huérfana, si ésta no hubiese contado con el apoyo y los consejos de su tío Mardoqueo. Cuando la paloma, lejos de su nido, es destrozada por las garras del buitre, no se lamentan en vano sus polluelos, porque Dios les envía un rayo de sol que los caliente, una gota de rocío que mitigue su sed, y El es tambien quien ordena al viento que deposite en su nido algunas semillas para nutrirlos hasta el dia en que puedan por sí solos procurarse el alimento y gozarse en la bóveda azul del firmamento.

Crecia Esther en años y en virtud; pero vivia oculta y solitaria, á la manera de esas flores modestas arrojadas al descuido por la mano de la primavera, y que sepultan bajo la verde alfombra del prado su cáliz y su perfume. Parecia condenada por siempre á la oscuridad y angustias que le habian acarreado los infortunios de su nación, cuando repentinamente el capricho de un tirano, ó mas bien dicho, Dios, que tiene en su mano el corazón de los reyes, cambió el curso de sus destinos.

Mal pudieron soportar los hombros de Cambises el peso de la gloria legada por Ciró su padre; y la conspiración que puso término á sus estrava-

(1) Esta version es del distinguido poeta mexicano D. José Joaquín Pesado.—(N. del T.)

gancias degollándole, dió fin por ceñir con la diadema las sienas de Asuero, conocido entre los escritores profanos con el nombre de Dario, hijo de Histaspes. De esta manera se vió Asuero señor de los pueblos numerosos que habitaban desde la India hasta el mar Egeo, y desde el Ponto-Euxino y el mar Caspio hasta la Etiopia y el Oceano; y adoptó el titulo de gran rey, ó rey de reyes, sin duda porque su imperio estaba formado de varios reinos conquistados, ó bien porque tenia reyes sujetos á su dominación.

Llegaba Asuero al tercer año de su reinado, cuando en medio de la embriaguez de su gloria y á fin de ostentar su magnificencia y sus riquezas, convidó á unos espléndidos banquetes á los principes de su corte, á sus oficiales, á los mas valientes de entre los medas y persas, y á los ciento veintisiete sátrapas ó gobernadores de las provincias de su imperio. Seis meses duró esta festividad; pero en la última semana quiso el rey tener tambien por convidado al pueblo de Susa, capital de sus vastos dominios. Pusieronse mesas en los jardines reales, y el lujo de los adornos compitió con la delicadeza de los manjares y los vinos. La reina Vasthi por su parte ofreció á las mugeres una fiesta suntuosa, que se celebró en el interior del palacio.

Habia llegado el dia postrero de aquella larga solemnidad; mas era imposible que terminase sin alguna escena de estravagancia. Trastornado Asuero por los vapores del vino, ordenó que se presentase la reina en el festin cubierta de sus mas brillantes galas, á fin de que todos sus vasallos pudiesen contemplarla y admirar su belleza. No obedeció Vasthi la orden del monarca, y furioso éste al ver la indocilidad de su esposa, la repudió y mandó degradar en el acto. Inmediatamente fué ejecutada la sentencia.

Pero poco tiempo despues se despertó vivamente la memoria de Vasthi en el corazón de Asuero, y los cortesanos, desearos de borrar aquel recuerdo, le propusieron buscar en todo el imperio las doncellas mas hermosas y presentárselas en Susa, á fin de que escogiese de entre ellas la nueva reina de los persas. Esther fué una de las presentadas, y el esplendor de su belleza hizo en Asuero una impresion tan profunda, que la señaló desde luego por sucesora de Vasthi, celebrando sus nupcias con multiplicadas muestras de magnificencia y largueza.

Ninguna mella hizo en la sencillez del alma de Esther su elevacion á tan inesperada altura; ni dejó por esta razon de mostrarse dulce hacia Mardoqueo, y dócil á sus consejos, del propio modo que cuando vivia niña y huérfana bajo su tutela y su cuidado. De conformidad con su mandato, ocultó el nombre de su patria y de su pueblo; pero encontró el modo de llamar á Mardoqueo á la corte, y éste fijó su habitación en la

puerta del palacio. A pesar de que eran frecuentes las consultas del tío y la sobrina, se manejaron con tal discreción, que no hubo quien concibiese la mas ligera sospecha, y gracias á esta buena inteligencia, pudo trastornarse una conspiracion fraguada contra la vida de Asuero. Descubrióla Mardoqueo y dió parte de ella á Esther, quien á su vez dió al ministro los mismos informes: los culpables fueron cogidos, y habiendo sido interrogados y convencidos de su crimen, fueron condenados á muerte. Escribióse la historia de esta conjuracion en los fastos del imperio, donde se apuntaban con exactitud y minuciosamente los acontecimientos de los reinados anteriores, los reglamentos establecidos y los servicios prestados á la patria: el nombre de Mardoqueo fué consignado en aquel registro, y ésta fué por entonces la única recompensa que sus buenos oficios le valieron.

Vivia entonces en la corte de Persia un gran señor llamado Aman, que era oriundo de los amalcitas, una de las naciones que los hebreos habian arrojado de la Palestina al entrar en ella. Por favor ó por mérito este hombre habia llegado á ser el primer personage del imperio despues del rey: á su paso, todos los sirvientes del palacio doblaban la rodilla en señal de adoracion, porque ésta era la etiqueta prescrita por Asuero en honor de su favorito. El único que le rehusó este homenaje fué Mardoqueo, y todos le preguntaban: ¿por qué no obedecéis como los demas el mandato del príncipe? Mardoqueo respondia: que siendo judío, su religion le prohibia observar el ceremonial idolátrico de la corte. Advertido Aman de la resistencia de Mardoqueo, fué grande su cólera, y pareciéndole poco á su orgullo herido inmolar solo al supuesto culpable, resolvió envolver á todos los judios en una ruina comun. Tal vez queria satisfacer de este modo un odio hereditario y vengar la sangre de Amalec, derramada en otro tiempo por Saul en los campos de Hevila.

Con este designio Aman se presenta ante el rey Asuero, y le dice que el imperio alimenta en su seno á todo un pueblo que tiene sus leyes y sus costumbres aparte, que se resiste á la autoridad real; y le hace ver que es preciso no alentar la licencia con la impunidad: "Ordenad, pues, añade, que perezca ese pueblo; y para que no perdáis los tributos que de él se sacan, yo pondré diez mil talentos en vuestra tesorería." Esta suma era prodigiosa para un particular; pero Aman esperaba sin duda que su oferta no seria admitida, ó que la fortuna de los proscritos seria confiscada en su provecho: conocia bien á su amo.

Efectivamente Asuero se quitó el anillo que usaba para sellar sus cartas, y le puso en manos de su ministro, diciéndole: "Guarda tu oro, y en cuanto á ese pueblo, haz lo que quieras." Se publicó en consecuencia un edicto sanguinario contra los judios, el cual fué traducido

en todas las lenguas del imperio, y enviado á sus ciento veintisiete provincias. Decíase en él que el gran rey, queriendo asegurar á todos sus pueblos los beneficios de una paz dichosa y duradera, y habiendo sabido que la odiosa nacion de los judios turbaba la universal armonía con la diversidad de sus hábitos, habia resuelto exterminarlos á todos en un mismo dia, hasta á las mugeres y los niños, apoderándose de todos sus bienes.

Luego que Mardoqueo supo esta órden, rasgó sus vestiduras, é hizo todos los otros signos de duelo usados entre los orientales: vestido de un saco y cubierta de ceniza la cabeza, acompañaba en su pena á sus compatriotas, que llenaban la ciudad con sus lamentos, mientras que Asuero y su favorito se solazaban en los festines.

Entre tanto el imperio seguia ignorando que la reina pertenecia á la nacion condenada, y Esther ignoraba igualmente las desgracias reservadas á sus compañeros de destierro. Informada sin embargo por sus damas de la estremada afliccion de su tío, le mandó á buscar para saber la causa, enviándole vestidos convenientes para que se pudiese presentar; pero él no quiso dejar su luto, y esperó á que se le enviase un servidor fiel, por cuyo medio hizo llegar á manos de Esther el edicto publicado, rogándole que hablase á Asuero y emplease su influjo en favor de los judios: "Acordaos, la dijo, de los dias de vuestra humillacion, y de que fuisteis alimentada por mi mano: invocad al Señor, hablad por nosotros al rey, y libertados de la muerte."

Esther respondió, que en Persia estaba rigorosamente prohibido penetrar en los aposentos del rey sin su órden espresa, y que al punto era entregado á la muerte cualquiera que no respataba esta prohibicion, á no ser que el monarca inclinase hácia el culpable su cetro de oro en señal de clemencia. El valeroso anciano replicó: "Si guardais silencio, Dios hallará algun otro medio de salvar á los judios, y vos pereceréis, vos y la casa de vuestro padre. Por otra parte, ¿quién sabe si vos habreis sido elevada al trono precisamente para salvarnos de la crisis en que hoy nos encontramos?" Esther cedió, y dijo: "Id, y que se reúnan todos los judios que están en Susa, para que rueguen por mí: que no se tome alimento ni bebida durante tres dias y tres noches; yo ayunaré tambien con mis damas, y despues me presentaré al rey infringiendo las leyes del pais y arrojando el peligro y la muerte."

Esther depuso la pompa de sus vestiduras reales, y tomó otras que correspondian mejor á su afliccion y á su duelo: no embalsamaban ya su cabellera los perfumes preciosos; su frente estaba humillada en la ceniza, y su cuerpo sometido á los rigores del ayuno; en sus aposentos, tan risueños en otros dias, reinaba una sombría tristeza. De este modo oraba al Señor, y no fué vana su oracion.

Al tercer día de su penitencia la reina se pone sus mas ricos adornos, y con todo el esplendor de la pompa se dirige á la presencia de Asuero. Dos de sus mugeres la acompañan; y apoyada en la una, parece que apenas se puede sostener, y la otra seguía á su señora levantando los flotantes pliegues de su luenga vestidura. Bajo su tez rubicunda y detras de sus ojos llenos de gracia y de resplandor, Esther oculta la tristeza y la inefable congoja de su alma. De este modo atraviesa todas las salas que conducen al aposento del rey, ante el cual aparece de repente. Asuero estaba sentado en su trono, y sus vestidos brillaban con el oro y la pedrería: alza sus ojos, y al punto el furor se manifiesta en su semblante. Temblorosa y perdida, Esther palidece y deja caer su frente sobre la jóven doncella que la acompañaba, á cuyo espectáculo enternecido el corazón del rey, deja que la masedumbre ocupe el lugar de su carácter feroz, y lleno de inquietud descendiendo precipitadamente de su trono, recibe á la reina en sus brazos, y la dice con ternura: “¿Qué tienes Esther? yo soy tu hermano, no temas: tú no morirás, porque la ley no se ha hecho para tí, sino para todos los otros: ven, pues, y toca este cetro;” é inclinando hácia ella su cetro de oro en señal de clemencia, la invita á hablar. Esther se escusa del pavor que la habia causado la magestad del gran rey, y vuelve á caer casi desvanecida, hasta que al fin recobrada, el rey la dice: “¿Qué quieres, reina Esther? ¿qué es lo que pides? aunque me pidieras la mitad de mi reino, yo te la daría;” pero Esther no juzgando todavía oportuno el momento propicio para explicarse, convida á Asuero para un banquete, suplicándole que asistiese tambien Aman: Asuero le repite en el festín sus ofrecimientos; pero ella se limita á rogar al rey que asistiese al día siguiente con Aman á otro banquete, prometiendo manifestar en él sus deseos y sus votos.

Aman salió con grande alegría de su palacio; pero á la puerta de él estaba sentado Mardoqueo, que no se levantó para honrar al poderoso ministro, el cual veia con este acto de independencia, destruida toda su felicidad. Lleno de cólera vuelve á entrar en su casa, donde juntando á sus amigos con su muger Zará, les manifiesta la inmensidad de sus riquezas, su inmenso poder, y el favor de que goza en la corte: “Pues bien, añade, de nada me sirve todo esto mientras mire al judío Mardoqueo permanecer sentado delante de mí á las puertas del palacio.” Su muger y sus amigos le aconsejan levantar una horca y pedir al príncipe que Mardoqueo sea colgado en ella; consejo que fué inmediatamente aceptado por Aman.

Aquella misma noche Asuero no podia dormir, y para mitigar la fatiga del insomnio, envió á buscar los anales de su reino, donde habiendo llegado á la conspiracion descubierta por Mardoqueo, quiso saber la re-

compensa que se habia decretado á un súbdito tan fiel; y entonces supo que aquel servicio no habia sido dignamente recompensado. A la mañana siguiente Aman se dirigió muy temprano al palacio con el designio de solicitar y de obtener la muerte de su rival. Asuero le preguntó: “¿Qué se debe hacer con un personage á quien el rey desea colmar de honores?” El cortesano en su orgullo creyó que se trataba de él, y respondió, que era menester dar á aquel personage los ornamentos reales, la diadema del rey, y el caballo que el rey montaba habitualmente, y que el primero de los príncipes y de los grandes de la corte caminase delante del triunfador, llevando las riendas del caballo y gritando por la ciudad: “Así será honrado aquel á quien el rey quiera honrar.” “Pues bien, replicó Asuero, haced inmediatamente todo lo que acabais de decir, con el judío Mardoqueo.” El altivo amalecita se resignó, y tributó los honores que creia haber aconsejado para sí mismo, al hombre á quien tanto odiaba; pero volvió á su casa llorando de rabia y con la cabeza cubierta para ocultar su oprobio, no habiendo recibido por todo consuelo de sus amigos y de su muger mas que lúgubres pronósticos sobre la ruina total de su fortuna, que acababa de vacilar delante de Mardoqueo.

En medio de esto, la hora del festín habia llegado, y los servidores del palacio fueron á buscar á Aman, que entró en los aposentos de la reina con el rey su señor. Asuero animó de nuevo á Esther para que pidiese lo que queria.

“Oh rey! respondió: si he encontrado alguna gracia ante vuestros ojos, os conjuro á que me concedais mi vida y la de mi pueblo. El y yo estamos condenados á la opresion, á la muerte y á la destruccion. “¿Pluguiera al cielo que se contentasen con vendernos como á esclavos! Seria un mal soportable, que yo deploraria en silencio; pero la crueldad de nuestro enemigo, ni al mismo rey perdona, y le arrebató numerosos vasallos.”

“¿Y quién es el que se tiene por tan fuerte que á tanto se atreva?” preguntó Asuero.

Esther respondió: “Héle aquí; Aman es nuestro injusto y bárbaro “perseguidor.”

Fueron estas palabras un rayo para Aman, el cual se quedó sin habla, y sin atreverse á dejar que sus ojos se encontrasen con los del rey y la reina.

Levantóse Asuero lleno de cólera, salió de la sala del banquete y se retiró al jardín. Comprendió Aman que estaba perdido, y arrojándose á los pies de la reina le pidió la vida. Este acto consumó su ruina, porque al volver á entrar Asuero, creyó que llevaba su audacia hasta el estremo de faltar á la reina al respeto, y mandó que le diesen muerte. Uno de los ejecutores le manifestó que en la casa de Aman habia una horca, la mis-

ma que habia mandado levantar para colgar á Mardoqueo. "Colgadle en ella," dijo el rey, quien fué al punto obedecido.

En el mismo dia declaró Asuero que todos los bienes de Aman quedaban confiscados á beneficio de Esther. Entregó su anillo real y nombró su primer ministro á Mardoqueo, quien le fué entonces presentado como pariente de la reina. Esta colmó tambien á su tío de riquezas y de honores, y le nombró intendente de su casa; pero no por favorecerle se olvidó del bien de todos sus compatriotas. Fué á ver llorando á Asuero, y le pidió con todo rendimiento la revocacion de las providencias sanguinarias dictadas contra los judios. Consintió el rey en ello, y gracias á la diligencia de Mardoqueo, se dirigieron nuevas comunicaciones anulando la orden anterior, á las ciento veintisiete provincias. A mas de esto fueron facultados los proscritos para hacer con sus enemigos lo mismo que éstos habian querido hacer con ellos. No hay que admirarse de esta autorizacion. En todas las legislaciones antiguas se halla consignada la pena del talion, y hasta Moisés consagra ese modo cruel de hacer justicia: "Ojo por ojo, dice, y diente por diente." Estaba reservado á las naciones cristianas, modeladas por la mansedumbre del Evangelio, erigir en principio que la ley en su venganza, serena cuanto digna, no debe igualarse con la barbarie y arrebatos del culpable.

En el dia señalado por Aman para la matanza de los judios, éstos fueron los que cayeron armados sobre sus enemigos en todas las ciudades, villas y lugares de los vastos dominios de Asuero. Diez hijos de Aman fueron inmolados, en union de otros muchos; pero los judios no se aprovecharon de la orden de confiscacion dada igualmente á su favor: se contentaron con castigar de muerte á sus antiguos perseguidores, y dieron á conocer con esto que la justicia y el celo, en vez de la codicia, eran los que habian armado sus brazos.

Para recordar aquella salvacion maravillosa, establecieron Esther y Mardoqueo una fiesta solemne que se celebraba cada año, precisamente en el dia designado por Aman, para la destruccion del pueblo hebreo. Diósele el nombre de *fiesta de la Suerte*, en conmemoracion de que el amalectita, fiel á las supersticiones de su pais, habia sacado por suerte el dia de su proyectada venganza.

Así fué aliviado el infortunio de los judios. Esther apareció en la noche de su destierro, como la dulce y consoladora claridad de la aurora, que anuncia al viajero el nacimiento del dia; y el dia lució en efecto para Israel, porque aun despues de la muerte de la reina, siguieron los monarcas de la Persia impartiendo su proteccion. Gracias á ella, pudieron tornar á ver á Jerusalem y volver á levantar sus murallas, su templo y sus altares.

La historia de Esther nos enseña cuán cierta es una de las leyes que rigen al mundo. *La virtud es poderosa hasta en su debilidad, en tanto que la fuerza del hombre injusto es flaqueza, y solo flaqueza.*

